

¿QUÉ OCURRE CUANDO LAS PERSONAS QUE LLEVAN LAS RIENDAS
DE UN GOBIERNO NO TIENEN LA MÁS REMOTA IDEA DE CÓMO FUNCIONA?

MICHAEL
LEWIS



EL QUINTO
RIESGO

UN VIAJE A LAS ENTRAÑAS DE LA CASA BLANCA DE TRUMP

BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

DEUSTO

Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- Prólogo. **Perdido en la transición**
- I. El riesgo de cola**
- II. El riesgo de la gente**
- III. Todos los datos del presidente**
- Agradecimientos
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a con- tenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

¿Cuáles son las consecuencias de que el gobierno esté controlado por personas que no tienen ni idea de cómo gobernar?

Cuando Donald Trump llegó al gobierno de los Estados Unidos apenas nombró a unas pocas personas de confianza para administrar el gobierno. Sin embargo, en todos los departamentos se produjeron situaciones similares: estos responsables apenas aparecían por el lugar y, cuando lo hacían, desconocían casi por completo sus funciones y desestimaban los informes de situación de sus equipos.

Con una narrativa brillante, Michael Lewis nos lleva a la sala de máquinas de un gobierno sabotado por sus propios líderes. Necios peligrosos tan centrados en las ganancias a corto plazo que no se preocupan por los costes que supondrán para el futuro. Pero no sólo ellos protagonizan este libro, también hay héroes silenciosos, servidores públicos que, con dedicación, conocimiento y proactividad, mantienen la maquinaria en marcha a pesar de todo.

El quinto riesgo

Un viaje a las entrañas
de la Casa Blanca de Trump

MICHAEL LEWIS

Traducción de Ramón González Férriz
y Marta Valdivieso Rodríguez



EDICIONES DEUSTO

para Tom Wolfe
In memoriam



Donald J. Trump



@realDonaldTrump

Está teniendo lugar un proceso muy organizado mientras yo decido sobre el Gabinete y muchos otros cargos. ¡Y soy el único que sabe quiénes son los finalistas!

21.55 - 15 nov. 2016

25.572 Retweets

112.055 Me gusta

Prólogo

Perdido en la transición

Chris Christie se fijó en un artículo de *The New York Times*. Así fue como empezó todo. El gobernador de Nueva Jersey había abandonado la carrera presidencial en febrero de 2016 y pidió a sus partidarios que apoyaran a Donald Trump. A finales de abril, vio el artículo. Describía los encuentros entre representantes de los candidatos que todavía continuaban en la carrera presidencial —Trump, John Kasich, Ted Cruz, Hillary Clinton y Bernie Sanders— y de la Casa Blanca de Obama. Aparentemente, cualquiera que aún tuviera alguna posibilidad de convertirse en presidente de Estados Unidos tenía que empezar a prepararse para dirigir el Gobierno federal. El tipo al que Trump mandó a la reunión estaba, a juicio de Christie, ridículamente poco capacitado. Así que decidió llamar al jefe de campaña de Trump, Corey Lewandowsky, para preguntarle por qué una tarea tan crucial no se le había encargado a alguien que realmente supiera algo sobre el Gobierno. «No tenemos a nadie», contestó Lewandowsky.

Christie se ofreció para hacer el trabajo: jefe del equipo para la transición presidencial de Donald Trump. «Es lo mejor después de ser presidente —le dijo a sus amigos—. Preparas la presidencia.» Fue a ver a Trump para tratar el asunto. Éste le dijo que no quería ningún equipo para la transición presidencial. ¿Por qué alguien tenía que planear *algo* antes de que él se convirtiera en presidente? Es un *requisito legal*, le contestó Christie. Trump preguntó de dónde iba a salir el dinero para pagar el equipo de transición. Christie le explicó que podía pagarlo el propio Trump o sacarlo de

los fondos de la campaña. El candidato no quería pagarlo él. Tampoco quería sacarlo de los fondos de la campaña, pero aceptó, a regañadientes, que Christie siguiera adelante y recaudara fondos independientes para pagar el equipo de transición. «¡Pero no demasiado!», dijo.

Y así Christie se dispuso a organizar los preparativos para la improbable circunstancia de que un día Donald Trump fuera elegido presidente de Estados Unidos. Entre los participantes en la campaña de Trump, no todo el mundo estaba contento de su elección para desempeñar la tarea. En junio, Christie recibió una llamada de Paul Manafort, el asesor de Trump. «El chico está paranoico contigo», le advirtió Manafort. El chico era Jared Kushner, el yerno de Trump. En 2005, cuando era fiscal del distrito de Nueva Jersey, Christie había procesado y encarcelado al padre de Kushner, Charles, por fraude fiscal. La investigación de Christie reveló, de paso, que Charles Kushner había contratado a una prostituta para que sedujera a su propio cuñado, de quien sospechaba que colaboraba con Christie, grabó en vídeo el encuentro sexual y le envió la cinta a su hermana. Aparentemente, los Kushner se toman muy en serio el resentimiento, y Christie se dio cuenta de que Jared aún le guardaba rencor. Por otro lado, a Trump, a quien Christie consideraba casi un amigo, aquello no podía importarle menos. Había invitado a Christie a su boda con Melania y luego le había insistido para que asistiera a la boda de Ivanka, su hija, y Jared Kushner. «¡Eso sería incómodo!», le confesó Christie. «Yo soy quien paga la boda y me importa una mierda», concluyó Donald.

Christie creía que Jared era el tipo de persona que se cree que, como es rico, también debe ser inteligente. Aun así, transmitía cierta astucia. En poco tiempo, Christie se encontró ante un «comité ejecutivo» para informar de todo lo que hacía con el fin de preparar la Administración Trump.

El comité lo formaban Jared, Ivanka Trump, Donald Trump Jr., Eric Trump, Paul Manafort, Steven Mnuchin y Jeff Sessions. «Soy algo así como el diácono de la iglesia que cada domingo pasa el cepillo para el pastor», dijo Sessions, que no parecía cómodo con la situación. El trabajo del diácono se complicó en julio de 2016, cuando Trump fue nombrado oficialmente candidato republicano. El equipo de transición se trasladó entonces a una oficina en el centro de Washington D. C. y empezó a buscar personas para ocupar los quinientos altos cargos del Gobierno federal. Por supuesto, necesitaban cubrir todos los puestos del gabinete, pero también un montón de cargos que nadie en la campaña de Trump sabía siquiera que existían. No resulta evidente cómo encontrar al próximo secretario de Estado, y mucho menos al próximo secretario de Transporte, por no hablar de quién debería sentarse en el consejo directivo del Programa Barry Goldwater de becas y excelencia en la educación.

En agosto, cada día aparecían ciento treinta personas, y cientos más trabajaban a tiempo parcial, en la sede para la transición de Trump en la esquina de la calle Diecisiete con la avenida Pensilvania. El equipo de transición elaboró listas de posibles candidatos para los quinientos puestos de trabajo, además de otras listas de personas bien preparadas para que acudieran a las diferentes agencias federales el día después de las elecciones y fueran informadas de todo lo que estaban haciendo dichas agencias. Reunieron los nombres para las listas viajando por el país y hablando con gente: republicanos que habían trabajado en el Gobierno, los asesores más cercanos a Trump, los titulares recientes de los trabajos que era necesario cubrir... Luego comenzaron a investigar a los candidatos en busca de defectos evidentes, secretos vergonzosos y conflictos de interés. Al final de cada semana, Christie entregaba carpetas, con listas

de nombres de personas que podían valer para los trabajos, a Jared, Donald, Eric y todos los demás. «Lo investigaron todo —dice un alto responsable de la transición de Trump—. ¿Quién es esta persona?, ¿de dónde viene este individuo? Sólo descartaron a uno, la secretaria de Paul Manafort.»

La primera vez que Donald Trump prestó atención a algo relacionado con el tema fue cuando leyó sobre el asunto en el periódico. La historia revelaba que el propio equipo de transición de Trump, dirigido por el gobernador de Nueva Jersey Chris Christie, había recaudado varios millones de dólares para pagar al personal. En cuanto lo leyó, Trump llamó desde su oficina, en la planta veintiséis de la Torre Trump, a Steve Bannon, el director ejecutivo de su campaña, y le dijo que acudiera inmediatamente a su residencia, muchos pisos más arriba. Bannon salió del ascensor y se encontró al gobernador de Nueva Jersey sentado en un sofá y a Trump chillándole. Trump estaba furioso, gritando, «¡Estás robándome el dinero! ¡Estás robando mi puto dinero! ¿Qué coño es esto?». Al ver a Bannon, se volvió contra él y le gritó, «¿Por qué le dejas que robe mi puto dinero?». Juntos, Bannon y Christie le explicaron a Trump la ley federal. Meses antes de la elección, decía la ley, se solicita a los candidatos de los dos partidos más importantes que se preparen para asumir el control del Gobierno. El Gobierno les facilitaba unas oficinas en el centro de Washington D. C., además de ordenadores, papeleras y demás utensilios, pero las campañas debían pagar a su propio personal. A lo que Trump respondió: «Que se joda la ley. Me importa una mierda la ley. Quiero mi puto dinero». Bannon y Christie trataron de explicarle a Trump que no podía tener a la vez su dinero y una transición.

«Cancéla —espetó Trump—. Cancela la transición.»

En este punto, Christie y Bannon se distanciaron. Nin-

guno pensaba que fuera buena idea cancelar la transición, pero cada uno tenía sus propios recelos. Christie pensaba que Trump tenía pocas oportunidades de dirigir el Gobierno si no se llevaba a cabo una transición formal. Bannon no estaba tan seguro de que Trump hubiera estado pensando en el tema de dirigir el Gobierno federal: pensaba simplemente en qué imagen daría Trump si ni siquiera parecía prepararse para ello. Al ver que Trump no escuchaba a Christie, le dijo: «¿Qué crees que dirá *Morning Joe* si cancelas la transición?». Lo que diría *Morning Joe* —o al menos lo que Bannon pensaba que diría— era que Trump cerraba la transición presidencial porque no pensaba que tuviera ninguna opción de ser presidente.

Trump paró de gritar. Por primera vez parecía que realmente había escuchado.

«Eso tiene sentido», dijo.

Después de eso, Christie volvió a la tarea de preparar la Administración Trump. Intentó no aparecer en las noticias, pero resultaba difícil. Cada cierto tiempo, Trump leería algo en el periódico sobre su recaudación de fondos y se alteraría de nuevo. Trump consideraba que el dinero que la gente donaba para su campaña era, de hecho, suyo. Pensaba que la planificación y la previsión carecían de sentido. En cierto momento, se volvió hacia Christie y le comentó: «Chris, tú y yo somos tan inteligentes que podemos abandonar la fiesta de celebración de la victoria dos horas antes y hacer nosotros mismos la transición».

En ese momento de la historia estadounidense, si por algún sortilegio se hubiera podido organizar a toda la población en una sola fila, los trescientos cincuenta millones de personas, no ordenadas por altura, peso o edad, sino por el interés de cada ciudadano en el Gobierno federal, Do-